

mo migracional» que propugna Grandmontagne, el «nacionalismo lingüístico» de Unamuno, el «integrismo reaccionario» de Maeztu, o la combinación de estos tres factores que, eclécticamente, defenderá Salaverría.

Se trata ésta de una obra, por tanto, sumamente reflexiva, que aporta una visión y unas claves interpretativas esclarecedoras de un período de la historia vasca que, aparte de su intrínseco interés, sigue hoy en día llamando la atención por ser el momento en que se formaron, en gran medida, las bases ideológicas de lo que ha sido el País Vasco a lo largo del siglo XX.

Óscar ÁLVAREZ GILA

Evangelista VILANOVA, *Història de la teologia cristiana*, I. *Des dels orígens fins al segle XV*, Facultat de Teologia de Catalunya («Col·lectània Sant Pacià», 32), Barcelona 1999, 1054 pp. (segona edició, revisada i ampliada).

Evangelista Vilanova, profesor emérito de Historia de la Teología de la Facultat de Teologia de Catalunya (con sede en Barcelona), publicó en 1984 el primer volumen de la que, con los años, sería una «Historia de la Teología» clásica en los ámbitos universitarios europeos. Traducida al castellano (1987), italiano (1991) y francés (1997), se halla al alcance de cualquier lector culto. La versión francesa, muy enriquecida, como señala el autor en la presentación de esta segunda edición, exigía una nueva edición en su lengua original.

Hace tiempo redacté una reseña de esta obra (ScrTh 17 [1985] 707-709), en la que ya intuía el relieve y la aceptación que habría de tener. Las expectativas se han cumplido ampliamente, de lo cual nos alegramos sobremanera. En aquella ocasión dialogaba con el autor sobre dos cuestiones, que consideraba de importancia: el tema de la expresión de la fe (la discusión sobre la «fe pura»); y la inclusión, en una Historia de la Teología, del desarrollo del canon y del símbolo de la fe (debate sobre la noción de fuente o de lugar teológico). No sé si será ahora el momento de retomar esos temas, a la distancia de tres lustros y después de tantas horas de conversación directa con el autor, tanto en el benemérito cenobio de Montserrat, donde él reside, como en las reuniones anuales de la ya extinta Associació de Teòlegs Catalans. En todo caso, sospecho que el autor ha evolucionado en sus planteamientos, como también el que suscribe estas líneas, y que ya no tiene sentido mantener, en los mismos términos, el diálogo iniciado *in scriptis* hace años.

Conviene señalar, ante todo, la dedicatoria a Marie-Dominique Chenu, *in memoriam*. La carta-proemio cheniana que se publicaba en la primera edición de 1984, sigue aquí, con toda justicia, como un frontispicio, presidiendo el libro desde su comienzo. Evidentemente, el autor ya no puede decir que esta obra sea fruto de sus clases, puesto que ha recibido entre tanto el justo premio del descanso sabático, lo cual le permite dedicarse con mayor intensidad, si cabe, tanto a la revista «*Qüestions de vida cristiana*», que continúa dirigiendo, como a la *Storia del Concilio Vaticano II*, que auspicia Giuseppe Alberigo. Señala en la nueva presentación cuál es su propósito: «No ofrecer una síntesis acabada, cosa que sería prematura y

excederá mis posibilidades, ni proporcionar una bibliografía exhaustiva, que puede hallarse en otros lugares, sino presentar panorámicamente cómo se ha hecho la teología a lo largo del tiempo y sugerir soluciones parciales o provisionales, que nos ayuden en esta hora en que hemos tomado conciencia de que la historia de la teología es una tarea urgente e importante en la reflexión sobre Dios». A este tema, precisamente, alude Chenu en su carta-proemio, cuando dice que la historia de la teología no es algo curioso o de interés erudito para la Teología, como lo puede ser para otras ciencias conocer su propia historia; el objeto propio de la Teología incluye, de suyo, la dimensión histórica. Vilanova se atreve, por ello, a presentar una propuesta que, en virtud de lo que se acaba de decir, no es sólo metodológica, sino también epistemológica: «Recomendaría —fundado en mi propia experiencia— que la teología —como tantas otras asignaturas— fuese enseñada *como* historia. De esta forma, los alumnos comprenderían, desde los primeros cursos, que el conocimiento no es algo fijo [en el sentido de definitivo], sino una fase del desenvolvimiento humano y cristiano, con un pasado y un futuro».

En su breve introducción general, que se mantiene sin modificaciones, Vilanova distingue, en el desarrollo de la vida de fe de la Iglesia primitiva, dos niveles: el par constituido por la *propositio* y el *auditus fidei*, cuya historia es la «Historia de los dogmas»; y el *intellectus fidei*, o ciencia teológica. Es obvio que la «Historia de los dogmas» y la «Historia de la teología» se implican mutuamente y se exigen, en algún sentido, como se advertirá en esta misma obra.

La ciencia teológica se desarrolla como reflexión acerca del germen inicial contenido en la Sagrada Escritura (pp. 26-27). Con todo, aunque el autor sólo lo exprese implícitamente, es preciso afirmar que la tradición es la fuente de la que mana la Escritura, pues ésta se origina de la experiencia de Jesús asumida por los creyentes o, mejor dicho, acogida por sus testigos. Quién sabe si no hubiera sido interesante un capítulo, en la primera parte, sobre la Gran Tradición de la Iglesia, resolviendo la aporía del «et... et».

La nueva versión de este primer volumen conserva la estructura original. Se divide en cinco partes: «teología del principio» (según la terminología rahneriana), teología patrística, teología bizantina, teología monástica y teología escolástica, la parte, con mucho, más extensa. Sin embargo, tanto la primera parte (en la que todo se contiene en germen) como la segunda están profundamente modificadas. La primera se ha ampliado con el epígrafe «Supplement per la segona edició catalana» (pp. 91-119). La segunda ha sido muy modificada, no sólo por la reordenación de los materiales, sino por nuevos contenidos. Vilanova se interesa ahora mucho más por lo que denomina el «universo de la gnosis», al que dedica un capítulo entero, en el que inserta algunas piezas de la primera edición: un breve estudio de los Padres apostólicos y un epígrafe dedicado a San Ireneo de Lyon. Hay referencias amplias no sólo a los grupos gnósticos (marcionitas, montanistas, etc.), sino también a Plotino y las implicaciones de éste en el vasto movimiento gnóstico. En el capítulo segundo, Orígenes, que antes merecía un capítulo íntegro, ha sido redimensionado, aun cuando Vilanova le profese una gran admiración, como era de prever; en cambio, aparece el interesante tema de la teología política en el siglo IV, al que ahora se concede tanto relieve, por su posterior influjo en el plenomedievo. Sendos capítulos dedicados al desarrollo de la teología trinitaria y cristológica, que son más bien (¿podría ser de otro modo?) una historia del dogma, vienen a con-

tinuación. Ha desaparecido el capítulo dedicado a San Gregorio Niseno (reducido ahora a un epígrafe); San Agustín (antes un capítulo propio) ha sido incorporado al capítulo dedicado genéricamente a la patrística latina, con un apéndice nuevo sobre la controversia pelagiana; aparecen más destacados Tertuliano y San León Magno, antes preteridos; etc. No hemos observado cambios significativos en los capítulos dedicados al Dionisio Pseudo-Areopagita, Boecio y Gregorio Magno. Valgan estas anotaciones para señalar que el autor se ha inclinado más hacia la «historia de los dogmas», balanceando sus intereses más inclinados al estudio de los autores. En el resto de la obra se mantiene substancialmente el mismo esquema y contenido, salvo la bibliografía, que se ha puesto al día. El capítulo tercero de la quinta parte, dedicado a las teologías y filosofías en el Islam y el judaísmo, especialmente los epígrafes sobre el pensamiento filosófico-religioso judaico, es la excepción, porque aquí se advierten algunos retoques en la materia y en la titulación de los epígrafes. En estos apartados ha intervenido, enriqueciendo los materiales, Eduard Feliu.

Valgan los detalles que acabo de exponer, como indicativo de que nos hallamos ante una obra nueva, no sólo por la distribución de la materia o algunos anejos incorporados, sino, sobre todo, por el espíritu que preside el volumen. Ahora Vilanova se vuelca, más que en 1984, hacia la «Historia de los dogmas», disciplina de gran tradición y raigambre en el mundo académico germánico, aunque sin abandonar, por supuesto, el fin primordial de su proyecto, que es una «Historia de la teología». No obstante, y por propio convencimiento, el autor no olvida la dificultad que la formulación técnica de la fe planteó en los primeros siglos, en los que no siempre resultaba fácil distinguir entre la ortodoxia y la heterodoxia, por una deficiente herramienta especulativa y por la proximidad de la especulación con los orígenes.

Quizá, por señalar algún *desideratum*, si el autor se anima a una tercera edición revisada, me atrevería a señalar las páginas 814 y 815. Allí Vilanova ofrece un diagnóstico un tanto dramático de la crisis del tomismo y de la «perplejidad actual de la teología dogmática en el interior de la Iglesia». ¿Acaso no cabría contemplar también las aportaciones positivas de la teología de nuestra época?

En todo caso, este volumen, esfuerzo admirable de muchos años de trabajo, queda como ejemplar en el camino de los historiadores del pensamiento cristiano; como modelo, en definitiva, para el científico que no se conforma con unos resultados alcanzados, sino que persigue ansiosamente lograr una mayor perfección en su conocimiento de la cosa tal como fue, «die Sache wie sie eigentlich war», como nos recordaba el gran Leopold von Ranke.

Josep Ignasi SARANYANA

Reseñas

